

sólo se veía parte. Cientos de fichas se apretaban en el cajón en una fila cuya continuidad se rompe por una cisura en ángulo agudo. En las aristas del ángulo están apoyadas unas manos impersonales (¿de mujer o de hombre?), quietas, grandes y muy firmes, a juzgar por los dedos que era todo cuanto podíamos ver.

De aquel conjunto se desprendía un cierto poder sugerente, incalificable y cuyo significado, sin embargo, nos era conocido.

La sugestión se hizo más intensa al alejarnos de la fachada y ver a cierta altura, sobre la ventana en cuestión, un letrero luminoso cuyas letras vencían apenas luz del sol poniente: «Comisaría». Continuamos, preocupados por no poder designar con palabra justa lo que habíamos visto cuando mi amigo dijo de súbito: ¡es de «cine»! Efectivamente, acababa de ver claro. Aquel sector de fachada poseía una gran subexpresividad, o, si se quiere, sería extremadamente fotogénico, pero con la peculiaridad de evidenciar esta su propiedad antes de ser captado por la técnica. De no haber poseído mi amigo la experiencia del «cine», hubiéramos pasado repetidamente ante la ventana sin que jamás lográsemos expresar con la palabra exacta—«cinematográficamente»— el significado de aquella realidad.

De este modo el mundo subcreado por la técnica nos ha puesto ante los ojos como algo claro y definible lo subexpresivo, que antes era una realidad confusa que carecía de concepto y de palabra con que decirla. En este sentido no hay duda que la técnica ejerce una función reveladora, en cierto modo creadora, «nam, etsi jam erant res, quas quarendo invenimus; notitia tamen ipsa nom erat, quam sicut prolem nascentem deputamus».

Intentaré delimitar el concepto de subexpresividad con el

